
presentación

IX

Que una publicación periódica alcance los sesenta años de vida es poco frecuente, más aún en el caso, como es el presente, de revistas culturales mensuales. Arbor alcanza esa edad y este número pretende celebrar sus seis décadas de existencia; celebrarlas o, simplemente, si se prefiere, recordarlas.

Sesenta años –los que van de 1943 a 2003– en la historia contemporánea de España son muchos años. Muchos no sólo por el número sino también porque coinciden con un período de la historia española particularmente importante y agitado. Es, sin duda de ninguna clase, importante por la historia política que subyace en él, y por cómo esa historia afectó a las generaciones que vivieron en él: durante una buena parte de él restringiendo los derechos y libertades cívicas. Y como la política condiciona a prácticamente todo lo demás, resulta que cualquier otra actividad de las que se ocupa una revista del tipo de Arbor –a la que, se podría decir, «nada de lo humano le ha sido ajeno»–, se vio igualmente afectada: ciencia, filosofía, historia, sociología, literatura o arte por citar algún ejemplo. Sucede, además, que Arbor no ha sido una revista cualquiera, sino una publicación dependiente del organismo público de investigación, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, más importante en España desde su creación en 1939, hijo que fue de la Guerra Civil, al ser fundado para sustituir a la, nada agradable para los ojos de los vencedores de la contienda, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (fundada en 1907). «La revista [principalmente influyente en los primeros años del régimen impuesto por el General Franco] fue pensada desde el primer momento como instrumento y exponente de las preocupaciones españolas en orden a la unidad intelectual de la ciencia, o dicho de otra manera como publicación de síntesis cultural». Precisamente por la prominencia de su patrón institucional, durante una parte importante de su existencia Arbor tuvo una relevancia (y una significación) que no poseyeron otras publicaciones, recalando en ella, bien como directores, secretarios o autores muchas de las personalidades más distinguidas de la cultura española; de la «oficial» la mayor parte de las veces, aunque también, en bastantes más veces de las que uno esperaría, de otra cultura si no claramente opositora, sí más abierta. Con el paso del tiempo, al cambiar las circunstancias (incluyendo el deseo –o las posibilidades– de los gobernantes de intervenir en la «alta cultura»), la relevancia de Arbor varió, disminuyendo un tanto, justo es reconocerlo. Creemos, no obstante, que aún en estas últimas décadas los contenidos y autores de Arbor reflejan mejor que ninguna otra publicación periódica cultural lo que ha acontecido en nuestro país: lo que se hizo y lo que se intentó hacer; las miradas críticas al igual que las más autocomplacientes que algunos de los mejores de nues-

tros compatriotas realizaron desde sus páginas, sin olvidar, por supuesto, numerosas reconstrucciones e interpretaciones históricas, filosóficas y sociológicas que, tanto si se aceptan, total o parcialmente, como si se repudian, deberían constituir elementos de referencia a no olvidar para cualquier historia intelectual y política de España que se desea emprender en el futuro.

Para recordar estos sesenta años de Arbor hemos pensado, con la experiencia que nos da el haber intervenido en la selección de sus contenidos durante los últimos once años, que lo mejor era no dedicar el presente a una serie de trabajos que estudiaran la historia y contenidos de Arbor, una tarea ésta que ya ha sido acometida –parcialmente– en el pasado, sino seleccionar algunos artículos que aparecieron en la revista en épocas no demasiado cercanas al presente, de autores, y sobre temas, especialmente destacados en la historia española. Personas como los poetas José Hierro y Gerardo Diego, el médico Carlos Jiménez Díaz, el novelista Gonzalo Torrente Ballester, los historiadores José Antonio Maravall y Florentino Pérez Embid, el filósofo José Luis Aranguren, el matemático Pedro Puig Adam, el físico Ramón Ortiz Fornaguera, el arqueólogo e historiador Antonio García y Bellido, el dramaturgo José María Pemán, y el historiador de la medicina, antropólogo y ensayista Pedro Laín Entralgo.

En el artículo de José Hierro que incluimos en este número de Arbor este añorado gran poeta escribió unas frases que bien pueden servir –extendiendo, o deformando, sólo un poco la intención que su autor quería darlas– para expresar algo, acaso lo más profundo, del sentido que hemos pretendido dar a este modo de celebrar los sesenta años de vida de Arbor: «En este río –piedras: hechos, y agua: poesía– se mirarán los hombres de todas las épocas. Reconocerán su imagen, aunque las aguas sean más claras o más turbias que las que ellos conocen. Son los hechos los que, en definitiva y aunque no se vean, modelan la superficie, la poesía, el alma. Los hechos, la época, estarán allí debajo, operantes».

A lo largo de sus sesenta años de vida Arbor no ha sido sino espejo del tiempo que le tocó vivir, y en la selección de artículos que contiene el presente número todavía serán muchos los que reconocerán, en esta época de aguas más claras, la imagen, los hechos y los talentos del período que hoy recordamos.

*Pedro García Barreno**
*José Manuel Sánchez Ron***

* PEDRO GARCÍA BARRENO, es director de Arbor desde enero de 1997.

** JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON, fue director adjunto de Arbor entre septiembre de 1992 y diciembre de 1996.